



**Jorge Enrique Adoum**

# ‘La ecuatorianidad existe en un país heterogéneo’

El libro de Jorge Enrique Adoum, “Ecuador: señas particulares”, ha provocado un enorme debate alrededor de lo que sería la ecuatorianidad. La recepción y difusión del libro confirma la preocupación actual sobre el tema de la identidad. ¿Quiénes somos los ecuatorianos? ¿Hay unos rasgos que nos definen a todos más allá de nuestras diferencias y de las heterogeneidades del país? Estas preguntas se las formulamos a Jorge Enrique Adoum, quien aceptó contestarlas por escrito. Las inquietudes despertadas por su libro se extienden hacia muchos campos, entre ellos, al del escritor. ¿Desde dónde habla quien intenta descubrir la ecuatorianidad? Si la mirada de cada uno de nosotros no puede sino vislumbrar fragmentos de la realidad, ¿se justifica que alguna voz hable de aquello que nos identifica a todos? Tema apasionante y controversial, sin duda. ICONOS se complace en presentar en este número una entrevista con el autor de “Ecuador: señas particulares”

**1** .- ¿No es la búsqueda de la identidad colectiva un ejercicio interminable y, por lo tanto, inútil? ¿No es una trampa pretender buscar «un algo», «unos rasgos», «unas señas» en las cuales nos encontremos los ecuatorianos?

—Creo que lo «interminable», por el solo hecho de serlo, no se vuelve forzosa-mente inútil. Trátese de un ejercicio intelectual, como el de la filosofía, por descubrir algo o de un esfuerzo colectivo para la construcción de una sociedad mejor, la historia está llena de ellos, incluso cuando han resultado utópicos. ¿Sería, entonces, inútil el intento de instaurar un régimen realmente democrático, una justicia justa, un Estado equitativo? Y no veo por qué buscar «un algo, unos rasgos [...] en los cuales nos encontremos los ecuatorianos»



rianos» sea una trampa, porque el sentido en que aquí se ha empleado la palabra significa «ardid para burlar o perjudicar a alguno». ¿A quién se burla o perjudica al pretender encontrar esas señas? La pregunta que surge, más bien, de la suya es la siguiente: ¿No tenemos, los ecuatorianos, ningún rasgo o seña que nos diferencie de otros grupos humanos?

**2.- Se extraña en su libro la ausencia de referencias a otros estudios sobre la identidad ecuatoriana. Su libro parecería partir de nada, de cero, para descubrirlo todo. ¿Por qué no profundizar y debatir interpretaciones ya propuestas, en lugar de aventurarse en una nueva?**

— No conozco, porque no existen, muchos estudios sobre la identidad ecuatoriana: yo no pretendí «profundizar y debatir interpretaciones ya propuestas» sino señalar las que, a mi juicio, parecen ser «señas particulares» aunque no exclusivas. Y no partí «de nada, de cero», sino de la historia del país, de la literatura ecuatoriana, de mis vivencias en más de setenta años, de la realidad actual, en los que son visibles esos rasgos del comportamiento. Y ¿con qué objeto me habría referido a otros estudios que, según usted, serían también, de acuerdo con la pregunta anterior, inútiles y tramposos?

**3.- ¿Cuáles fueron sus parámetros de análisis? ¿Cuál es el eje teórico y conceptual de su reflexión sobre la identidad? ¿Se siente usted cercano a alguna corriente teórica en particular?**

— No partí de una corriente teórica determinada, ni sé cuáles serían los parámetros teóricos o conceptuales para emprender ese análisis. Partí de observaciones que ya están presentes en mis libros anteriores y de una larga reflexión antes de escribir el último, pretendiendo que fueran lo más objetivas posible.



Foto Diario Hoy

**4.- ¿Es posible pensar que hay algo que nos define a todos los ecuatorianos como una colectividad? ¿Es posible «la ecuatorianidad» en un país, como dice usted en su libro, diverso, heterogéneo?**

— Creo que sí: ¿cómo podríamos considerarnos si no como una «colectividad», si es lo menos a que puede aspirar como definición un grupo humano? La «ecuatorianidad» existe en un país heterogéneo: uno puede verla en la actitud de los ecuatorianos en el extranjero, cuando olvidan la región, los modos y costumbres por diversos que sean, incluso los renco-

res, que existen dentro. Exiliados económicos o deportistas, asistentes a congresos y convenciones o estudiantes, son y se sienten esencialmente ecuatorianos. Hay, además, un prototipo de ecuatoriano, que no es serrano ni costeño, pícaro, inteligente, hábil, para triunfar sobre otros en todos los chistes en que se enfrente a ex-

tranjeros, más ricos o poderosos que él. Y es de suponer que el término de ecuatorianidad —bastante difuso por lo demás, al igual que la guayaquileñidad, la morlaquía, el manabitisimo...— corresponde, como toda palabra, a un concepto concebido aquí, por nosotros.

**5.- En este aspecto, en un libro publicado poco tiempo después del suyo, Miguel Donoso Pareja niega la diversidad y trata de demostrar que en el Ecuador se estaría conformando la identidad única. ¿Está usted de acuerdo? En el fondo del planteamiento de**



**Donoso se encuentra al mestizaje como identidad única y unificadora de los ecuatorianos. ¿Qué opina usted?**

— Hay cierta contradicción al negar la diversidad, que salta a la vista, y, luego, afirmar que «se está conformando una identidad única», porque ¿a partir de qué, si no de la diversidad, se conformaría? Todo país es mestizo pero, en el nuestro, un gran sector de la población parece tener vergüenza del mestizaje, e incluso algunos mestizos lo repudian. No creo que pueda alcanzarse una «identidad única y unificadora» en el Ecuador. Por lo demás, la identidad de países de mayor edad que el nuestro, tales como Estados Unidos, el Reino Unido, Italia, España, Brasil, México, Argentina, se basa, precisamente, en el reconocimiento, a veces orgulloso, de su diversidad y tienen conciencia de que ella la enriquece.

**6.- Para muchos, hay el peligro de que el descubrimiento de «la ecuatorianidad» resulte una forma de imposición de la identidad de unos sectores sobre otros, de una región sobre otra, de una cultura sobre otra. ¿No sería más pertinente pensar la identidad como un juego complejo de identidades determinándose mutuamente, antes que por referencia a una suerte de interioridad nacional o conjunto de señas particulares? Más que buscarla en la unidad, ¿cabría descubrirla en el juego de la diversidad? En el tema de la identidad siempre estare-**

**mos frente a un espejo roto, como sugiere la cita de Ray Bradbury al comienzo de su libro. Toda unidad es transitoria, pasajera.**

— Me parece advertir alguna confusión de términos en la pregunta. He dicho, ahora y antes, que la unidad se basa en la diversidad, tanto en los países citados en la respuesta anterior como en el nuestro, y en ningún momento se me habría ocurrido considerarla como «una forma de imposición de la identidad de unos sectores sobre otros», lo que aboliría el

Todo país es mestizo pero, en el nuestro, un gran sector de la población parece tener vergüenza del mestizaje

concepto mismo de diversidad. Me parece falsa la afirmación de que «toda unidad es transitoria, pasajera», porque creo exactamente lo contrario: a la unidad que, para serlo, debe ser sólida y definitiva, se llega a través de procesos que son, por definición, transitorios y pasajeros. La confusión viene, posiblemente, de que solo hemos hablado de «unidad» cuando los partidos políticos y grupos sociales se han unido en torno a un problema concreto, y casi exclusivamente al problema con el Perú: ni siquiera una catástrofe larga y sucesiva, como la de El Niño, que afectó a diversas provincias, logró suscitar un

movimiento unitario de solidaridad. De ahí que la mejor respuesta a nuestra agresividad regional —que no es lo mismo que diversidad geográfica—, a nuestro comportamiento racista —que no es lo mismo que multiplicidad étnica— quizás sea convertir la unidad en un problema nacional que nos agrupe a todos en su búsqueda.

**7.- ¿Dónde se ubica usted cuando habla de «la ecuatorianidad»? Porque siempre los escritores y ensayistas hablan desde algún lado: desde sus prejuicios, desde su clase, desde su género, desde su ciudad, desde su barrio. Otros creen hablar desde la razón. ¿Desde dónde habla usted? ¿Dónde está situado Jorge Enrique Adoum cuando se propone describir «lo ecuatoriano»?**

—Ante todo, yo no suelo hablar de «ecuatorianidad» y he dicho que me parece un término bastante difuso, pero que significa algo para quienes lo emplean. Usted afirma que «siempre los escritores y ensayistas hablan desde algún lado», pero no encuentro «mi» lado en su enumeración. No lo hice desde mi barrio, ni desde mi ciudad: ¿cuáles serían, con una infancia transcurrida en Ambato, una adolescencia en Quito, parte de la juventud en Santiago de Chile, 24 años de la madurez fuera de Ecuador, particularmente Pekín, Ginebra y París, y lo que podría llamar la vejez nuevamente en Quito? Tampoco desde mis «prejuicios», puesto que, de advertirlos al escribir el libro, habría lu-



chado contra ellos, y menos aún desde «mi» género, que después del racismo y el regionalismo es el peor de todos. ¿Tal vez desde mi clase, como individuo que reconoce la existencia y los derechos de otras? ¿Parecería fatuidad decir que desde la razón?

**8.- Usted habla de una cierta vergüenza de los ecuatorianos consigo mismos. ¿Es una vergüenza generalizada, o es una vergüenza de las élites frente al exterior? Para librarse de la vergüenza hay que huir permanentemente de lo que avergüenza. Es ese el caso de los ecuatorianos, según usted. ¿De cuáles ecuatorianos?**

— He hablado de una actitud general, parecida a la de aquel que se encuentra frente a quien considera «superior» y que, por lo mismo, se advierte de preferencia en el extranjero. Las únicas elites que podrían avergonzarse, son las intelectuales: las económicas son célebres por la insolencia de su poder basado en el dinero, incluso y, a veces, de preferencia en el mal adquirido. No creo que la solución radique en una actitud de «huida», sino en un análisis honesto de por qué actuamos así. Se trata de saber qué nos avergüenza: si nuestros defectos, individuales o colectivos, si ciertos momentos de nuestra historia, si la opinión que del país tienen en el exterior. Es difícil y, por lo demás, cualquier

esfuerzo individual resultaría inútil, tratar de sustituir la imagen de Lorena Bobbit con la de Araceli Gilbert o la de Abdalá Bucaram con la de César Dávila Andrade.

**9.- ¿Qué hace un pueblo cuando «descubre» su identidad? ¿La asume, la cambia, la niega, la resiste? ¿Qué hacer con nuestras señas particulares?**

— Creo, ante todo, que la asume, y puede cambiar, incluso independientemente de su decisión o voluntad: volviendo a la fotografía en el

No creo que la solución radique en una "huida", sino en un análisis honesto de por qué actuamos así

pasaporte como símil de la identidad, es obvio que el titular envejece, comienza a usar anteojos, curarse una herida, recurrir a la cirugía estética. Y, una vez asumida, un pueblo solo la niega o se resiste a ella en las grandes transformaciones políticas, quiero decir de sistema, no de régimen, precisamente cuando cree que su identidad es otra, que ha sido falseada o traicionada con la instauración del nuevo sistema. Entre nuestras señas particulares he indicado algunas que justificarían estar orgullosos de ellas y otras

(¿las más?) que deberíamos borrar para ser mejores.

**10.- ¿Dónde ha tenido mayor acogida su ensayo? ¿Cuáles han sido, por ejemplo, las reacciones desde Guayaquil o Cuenca? ¿Quiénes se han sentido mejor retratados con su libro?**

— A juzgar por las ventas del libro (su presentación al público de Guayaquil fue magnífica) y por mis conversaciones con estudiantes de colegios y universidades, ha sido igual la acogida en las ciudades que usted cita, donde ha habido cursos y talleres sobre él, y en otras —Ambato, Ibarra, Otavalo— que he visitado. Hay quienes creen advertir exageración y pesimismo en mi libro, pero mi análisis de lo que somos resulta benévolo y hasta pretensioso si se lo compara con los epítetos que, sobre los ecuatorianos, han recogido, por ejemplo, la profesora Nila Velásquez y el diario El Universo, de Guayaquil, en entrevistas a personas de diversos sectores de la población: con solo una o dos excepciones, son tan despectivos (¿una prueba de lo dicho más arriba?) que jamás, ni en el peor estado de indignación, se me habrían ocurrido o los habría proferido. Sigo creyendo que somos mejores que eso y merecemos tener una mejor opinión de nosotros mismos.

Marzo de 1999